

Vargas Llosa, Mario. *Cinco esquinas*. Lima. Alfaguara. 2016. 430 pp.

La última novela de Mario Vargas Llosa, *Cinco esquinas*, como ocurre invariablemente con todo lo que escribe, ha concitado un profundo interés en todos sus lectores. Para usar una frase popular peruana, el autor, merecedor de las más importantes distinciones mundiales literarias, tiene “esquina” en el arte narrativo. Y ahora justamente escoge el nombre de un paraje de la antigua Lima, “cinco esquinas”, para desplegar sus artes encantadoras. Hace un tiempo, cuando la novela solo estaba anunciada, en una visita fugaz a Lima, José Miguel Oviedo declaró que la nueva entrega del novelista era entretenida. Y claro que tiene razón, quien abre el libro queda cautivado y no lo deja hasta el final. Cualidad esta no menor del arte literario, la capacidad de unos cuantos narradores de cautivar a sus lectores y de mantenerlos pendientes de lo que sucederá en la página siguiente. Narrar es un arte y lo más importante en la comunicación es el dominio de la forma del escritor, sin ese dominio no hay novela de calidad posible, pero al lector se le suele captar por la naturaleza de las historias, porque de alguna manera le conciernen, de un modo directo o simbólico. Los lectores peruanos, sin duda, tenemos curiosidad, sano deseo de conocer y de interpretar lo que pasa en nuestra sociedad. Y lo ocurrido durante la época del gobierno de Alberto Fujimori nos interesa no solamente como un hecho histórico, sino también como algo que no deseamos que vuelva a repetirse. Póngase el nombre que se quiera, y sea cualquiera la razón o las razones que se quieran invocar, asesinatos como los ocurridos en la Universidad de La Cantuta o en Barrios Altos, donde precisamente están las llamadas cinco esquinas; son hechos repudiables ahora y en futuro. Para

un novelista, cualquier novelista, es una tarea mayor abordar una época con ribetes de espeluznante. Le parece sin duda que los hechos por narrar son de tal naturaleza que pueden exceder las menguadas fuerzas de un ser humano. En situaciones de alguna manera parecidas, Mario Vargas Llosa, a lo largo de su carrera literaria, ha optado en algunas ocasiones por entrecruzar historias, tantas que a un narrador bisoño se le escaparían de las manos, para conseguir un tono narrativo de naturaleza épica que permita mantener al lector en vilo de principio a fin. Así, ha ocurrido con tres de sus novelas célebres, *Conversación en la Catedral*, *La guerra del fin del mundo* y *La fiesta del chivo*. Pero en otras ocasiones como esta, la de su más reciente novela, opta por el camino indirecto de reducir el conjunto de la materia narrativa, escogiendo personajes del mundo de las personas acomodadas o de los sectores populares que tienen solamente, por lo menos en apariencia, una reducida capacidad de influencia sobre los hechos sociales. Un símil nos puede ayudar: Vargas Llosa escribe algunas de sus novelas con la actitud de astrónomo que con potente telescopio escudriña la bóveda celestial y considera las acciones de sus personajes como movimientos de los astros en la inmensidad del universo. Pergeña, en cambio, otras novelas, con la actitud del entomólogo que en la soledad de su gabinete escoge algunos insectos para estudiarlos. Despojada de cualquier ribete peyorativo esta última frase puede servirnos como introducción al comentario de la novela que hemos leído. Personajes de aparente poca importancia, son el centro de sus propias vidas y de la vida de sus conocidos. Siguiendo un consejo de Flaubert, Vargas Llosa escribe como si la vida de una persona, de cualquier persona, es interesante, el novelista tiene la obligación de encontrar los ángulos más valiosos de esos personajes y volcarlos a la página en blanco. La novela explora las vidas

privadas de un puñado de personajes, sus relaciones grupales y sus encuentros con personas de otros niveles sociales.

En pocas palabras, la ficción trata del periodismo amarillo y cómo va dañando al conjunto de la sociedad. Dicho así, podría tratarse de un tratado de sociología, pero felizmente no es así. Vargas Llosa insufla vitalidad a todos sus personajes; sabe, una vez más, como dosificar la intriga y cuando pareciera que la trama desmaya, introduce, como lo recomendaba Georges Simenon, un muerto, con lo que el interés por las páginas siguientes se multiplica. Según una conocida anécdota, André Gide, premio Nobel de literatura de 1947, tenía mucha dificultad para escribir; en cambio, Georges Simenon, autor de novelas policiales, tenía gran facilidad para realizarlas y las publicaba cada dos meses. Gide quiso conocer a un autor tal prolífico y cuando estuvieron frente a frente, Simenon le dijo que él contaba cualquier cosa, páginas de páginas, en medio ponía un muerto y después resolvía. Y esa es la clave de las novelas de misterio que a veces son policiales: sembrar un enigma y resolverlo.

La última novela de Mario Vargas Llosa puede decirse que divide el mundo de sus personajes en dos grandes grupos: el de los pudientes, encabezados por el ingeniero Enrique Cárdenas, Quique, con su círculo de parientes y amigos; y de los que se mueven en el mundo de la inopia, los periodistas amarillos, Rolando Garro, prototipo del hombre de prensa venal, la Retaquita, Julieta Leguizamón, una mujer aguerrida, formada en las canteras de las páginas deshonestas, Ceferino Aguirre, otro personaje de las cloacas de la realidad y Juan Peineta, un recitador de versos en las actuaciones de barrio que por azar llega a la televisión y que consigue una situación expectante en ese medio hasta que súbito, por maniobras de Rolando Garro que lo calumnia en sus páginas, se ve lanzada a la calle en la pobreza total.

El mundo de los acomodados es pintado por el novelista siempre en sus momentos de ocio y de disfrute. La novela se abre precisamente con una demorada escena de amor uranista entre Marisa y Chabela, dos damas del alto mundo que ignoraban el atractivo que sentían. En sordina, esa relación que tendrá su desarrollo a lo largo de la novela, servirá como contrapunto de la trama central que tiene que ver con el periodismo amarillo. Garro tiene unas fotos comprometedoras de Enrique Cárdenas, en las que el aparentemente púdico ingeniero aparece en escenas de intimidad con prostitutas, y quiere sacar provecho de ese material; se lo ofrece al mismo ingeniero y al mismo tiempo le pide que invierta en su tambaleante empresa periodística. Cárdenas consulta con su abogado, que es su amigo, Luciano, y al negarse a aceptar ese chantaje, se ve vilipendiado en las páginas del periódico "El destape" y sometido a la vindicta pública con lo que se multiplica el interés de la narración.

Los personajes de origen popular son tratados por Vargas Llosa con mano maestra; podría decirse que con mayor precisión que los propios encopetados. Es decir, son descritos desde dentro con gran precisión de detalles que los hace muy verosímiles. Destacan las páginas dedicadas al recitador Juan Peineta debatiéndose en sus miserias, y las dedicadas a la Retaquita, admirable personaje que se mueve en los meandros de la corrupción, en contacto directo con el propio Doctor, el hombre que mueve los hilos del gobierno y de la corrupción en el Perú. De esta manera, a través de la Retaquita, se juntan los mundos paralelos que la novela describe, el de los poderosos de doble moral, el de los pobres que no dejan de ser miserables, con la notable excepción de Juan Peineta; y el de los corruptos que aparecen entre sombras y son los que deciden el destino de los demás. Ese personaje, la Retaquita, está tomado de la realidad, pero no es calco de ninguna persona de la vida real,

---

sino un arquetipo de numerosas personas realmente existentes; técnica bastante conocida y que Marcel Proust ejemplifica en su notable obra de ficción, pero que no siempre es llevada a cabo con maestría. Vargas Llosa, como es habitual en sus escritos, lo hace con mucho rigor. Esta Retaquita, periodista acostumbrada a los escándalos, se introduce en el mundo del Doctor; llega a conocer su forma criminal de proceder y en un momento siente el llamado de su conciencia y actúa en consecuencia. El final de la novela, a juicio de algunos, es un poco deslavazado respecto de la trama central. Es un Happy end, ¿Happy end? en palabras del propio autor, porque desvía al mundo del erotismo, una vacaciones del trío que se ha formado en el transcurrir de la ficción, el final de la narración. Pero claro, es el derecho del autor, de llevar a sus personajes por donde decida; y tal vez destapar las miserias del poder en sus mínimos detalles, con los mismos personajes, sería la tarea de otra novela tan larga como la que comentamos. Vargas Llosa, con legítimo derecho, elige pistas de intriga en su ficción, escoge seguir algunos caminos y deja otros a la imaginación del lector, nada menos que la caída del régimen que promueve y estimula la corrupción. (Marco Martos Carrera)